

LOS DICHOS DE LOS PADRES

Colección alfabética de los Apotegmas

Volumen II

Traducción del P. Martín Elizalde
O.S.B.

Serie
Los Santos Padres
Nº 12

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

ORIGENES
CRISTIANOS



LETRA KAPPA

ABBA CASIANO

Casiano (360-435) es uno de los autores monásticos más importantes de la antigüedad. Habiendo pasado, al igual que Evagrijo, por el monasterio de santa Melania en Jerusalén, recorrió con su amigo Germán todos los centros monásticos importantes del Bajo Egipto. Fruto de estos encuentros son sus dos obras más importantes: las "Instituciones" y las "Colaciones", ambas escritas en latín, cuando su autor ya se había establecido cerca de Marsella, en el sur de Francia. Por medio de Casiano la tradición monástica de Oriente es conocida e imitada en Occidente.

Los apotegmas que aquí figuran bajo su nombre son extractados de sus "Instituciones", con excepción de los números 428 y 434.

427. Contaba abba Casiano: "Llegamos, yo y el santo Germán, a Egipto, donde estaba un anciano. Cuando nos hubo recibido para hospedarnos, le preguntamos: ¿Por qué, cuando recibís a los hermanos extranjeros, no guardáis nuestro modo de ayunar, el que nos fue transmitido en Palestina? Y respondió diciendo: El ayuno está siempre conmigo, mas a vosotros no puedo reteneros para siempre conmigo. El ayuno es útil y necesario, mas depende de nuestra voluntad, pero el cumplimiento de la caridad es impuesto por la ley de Dios. Al recibir en vosotros a Cristo, debo servirlos con toda diligencia. Cuando os haya despedido, podré recuperar la medida del ayuno. Los amigos del esposo no pueden ayunar mientras el esposo está con ellos, mas cuando les sea quitado el esposo, entonces ayunarán libremente" (cfr. Casiano: Inst. 5, 24).

428. Dijo el mismo: "Había un anciano al que servía una virgen consagrada. Los hombres decían: No son puros. El anciano lo oyó. Y estando ya cerca a la muerte, dijo a los Padres: Cuando muera, plantad mi bastón sobre la sepultura, y si germina y da fruto, sa-

bed que soy puro con ella, pero si no germina, sabed que he caído con ella. Y plantaron el bastón, y al tercer día germinó y dio fruto. Todos, entonces, glorificaron a Dios”.

429. Dijo también: “Fuimos a ver a otro anciano, que nos dio de comer. Estábamos satisfechos, pero nos exhortaba a comer más. Al decirle que ya no podíamos respondió: Esta es la decimosexta vez que preparo la mesa para hermanos que llegan, e invitándolos, he comido con ellos; y todavía tengo hambre. Tú, en cambio, comiendo una sola vez, te has llenado de modo que ya no puedes comer más” (Casiano: Inst. 5, 25).

430. Contaba también el mismo: “Fue abba Juan, hegúmeno de un gran cenobio, a visitar a abba Paisio, que había vivido durante cuarenta años en extrema soledad, y como le tenía mucho afecto, y por ello confianza, le preguntó: ¿Qué has hecho, viviendo apartado durante todo este tiempo en que no fuiste molestado fácilmente por nadie? Le respondió: Desde que vivo solo nunca el sol me ha visto comiendo. Le dijo abba Juan: Ni a mí (me ha visto) airado” (Casiano: Inst. 5, 27).

431. Al mismo abba Juan, que estaba próximo a su fin, y se iba a Dios diligente y alegremente, rodearon los hermanos, rogándole que les dijese una palabra breve y saludable, a modo de legado, para poder llegar a la perfección en Cristo. Y él, gimiendo, les dijo: “Nunca he hecho mi voluntad propia, ni he enseñado nada que yo no hubiese hecho primero” (Casiano: Inst. 5, 28).

432. Narró también acerca de otro anciano, el cual vivía en el desierto, y había rogado a Dios que le diese la gracia de no dormirse nunca en una conversación espiritual; pero si alguien pronunciaba palabras de crítica u ociosas, inmediatamente se dormía, de manera que sus oídos no recibían este veneno (Casiano: Inst. 5, 29). Decía el mismo que el diablo es diligente cuando se trata de palabras ociosas, y enemigo de toda enseñanza espiritual, usando para ello de este ejemplo: “Hablando a algunos hermanos sobre un punto útil, cayeron ellos en un sueño tan profundo que no podían mover los párpados. Queriendo mostrarles la acción del demonio, introduce una historia frívola, y se despertaron de inmediato, con alegría. Gimiendo, les dije: Cuando hablábamos de cosas

celestiales, los ojos de todos vosotros estaban oprimidos por el sueño; apenas dije una palabra vana, os despertasteis todos, con diligencia. Por eso, hermanos, os exhorto: reconoced la acción del demonio maligno, y mirad sobre vosotros mismos, guardándoos del sueño cuando hacéis o escucháis algo espiritual” (Casiano: Inst. 5, 31).

433. Dijo también que cierto senador, que había renunciado al mundo y repartido sus bienes a los pobres, retuvo algunos para su uso, no queriendo asumir la humildad que viene de la renuncia perfecta ni la sumisión sincera a la disciplina cenobítica. A él dijo san Basilio esta palabra: “Perdiste al senador y no te hiciste monje” (Casiano: Inst. 7, 19).

434. Dijo también: “Había un monje que vivía en una cueva del desierto. Sus allegados según la carne le dijeron: Tu padre está gravemente enfermo y puede morir, ven para recibir la herencia. Y él les respondió: Yo he muerto al mundo antes que él; no puede un muerto heredar a los vivientes”.

ABBA CRONIOS

Probablemente se trata del Cronios que según el capítulo 21 de la “Historia lausíaca” habría servido a san Antonio como intérprete griego y que después se estableció como anacoreta en Nitria, recibiendo la ordenación sacerdotal y convirtiéndose en maestro de muchos monjes. La “Historia de los monjes de Egipto” (cap. 20) lo describe como “muy anciano” en el año 386. Los apotegmas números 435, 436 y 438 contienen una ingeniosa exégesis bíblica en función de la vida espiritual del monje.

435. Un hermano dijo a abba Cronios: “Dime una palabra”. Le respondió: “Cuando Eliseo fue hacia la sunamita y la encontró, ella no tenía relación con nadie. Concibió y dio a luz por la venida de Eliseo”. El hermano le preguntó: “¿Qué quiere decir esto?”. Le dijo el anciano: “Si el alma vela y se cuida de la distracción, y abandona sus voluntades, llega hasta ella el Espíritu de Dios, y puede engendrar, mas si no lo hace, es estéril”.

436. Interrogó un hermano a abba Cronios: “¿Qué hacer con el olvido que se apodera de mi mente, y no me permite sentir hasta que me conduce al pecado?”. El anciano le respondió: “Los extranjeros se apoderaron del arca por la maldad de los hijos de Israel, y la llevaron hasta ponerla en la casa de Dagón, su dios, y este cayó sobre su rostro”. El hermano preguntó: “¿Qué significa esto?”. El anciano le dijo: “Cuando empiezan cautivando la mente del hombre por sus propios impulsos, de tal modo lo arrebatan, que lo llevan hasta una pasión invisible. Si el alma, en ese lugar, se convierte y busca a Dios, recordando el juicio eterno, cesa inmediatamente la pasión y desaparece. Pues está escrito: Si te conviertes gimiendo, entonces serás salvado, y sabrás donde te encuentras”.

437. Preguntó un hermano a abba Cronios: “¿De qué modo llega el hombre a la humildad?”. Respondió el anciano: “Por el temor de Dios”. El hermano le dijo: “¿Por medio de qué obra llega al temor de Dios?”. El anciano dijo: “Para mí, cuando se contiene en todo, y se entrega al esfuerzo corporal, y en cuanto puede recuerda la salida del cuerpo y el juicio de Dios”.

438. Dijo abba Cronios: “Si Moisés no hubiera llevado las ovejas al Sinaí, no hubiera visto el fuego en la zarza”. Un hermano interrogó al anciano: “¿Qué significa la zarza?”. Le respondió: “La zarza representa el esfuerzo corporal. Está escrito: Se parece el reino de los cielos a un tesoro escondido en el campo”. Preguntó el hermano al anciano: “¿Sin esfuerzo corporal no llega el hombre a premio alguno?”. Respondió el anciano: “Está escrito: Mirando al principio y consumidor de la fe, Jesús, que, en vez de la alegría propuesta, sufrió la cruz. Y también dice David: Si diese sueño a mis ojos y descanso a mis párpados, etc.”.

439. Dijo abba Cronios: “Nos contó abba José de Pelusio: Cuando vivía en el Sinaí había allí un hermano bueno y asceta, y además de aspecto agradable. Cuando venía a la iglesia para la sinaxis, llevaba un pequeño maforio, viejo y remendado. Viéndolo venir una vez a la sinaxis de esta manera, le digo: Hermano, ¿no ves a los hermanos, que están como ángeles en la sinaxis en la iglesia? ¿Por qué vienes tú de este modo? El dijo: Perdóname, abba, pero no tengo otra cosa. De mi celda tomé un levitonario, con lo demás que precisaba. Y estaba desde entonces como los demás her-

manos, y su aspecto era el de un ángel. Sucedió entonces que se hizo necesario que los Padres enviaran dos hermanos al emperador por cierto asunto, y decidieron que fuera él también. Al oírlo, se postró delante de los Padres, diciendo: Perdonadme, por el Señor, pues soy servidor de un grande de allí, y si me conoce me quitará el hábito y me llevará para que lo sirva. Los Padres se convencieron y lo dejaron libre, pero después supieron por uno que lo conocía bien que, cuando estaba en el mundo, era prefecto del pretorio, y que había dicho aquello para no ser conocido por los hombres y sufrir por ello. Tal era la solicitud de los Padres para huir de la gloria y el descanso de este mundo”.

ABBA CARIÓN

Carión era hombre casado, con dos hijos; que dejó su familia para hacerse monje en Escete. En una hambruna su mujer le envió su hijo Zacarías, que fue educado como monje, junto a su padre y se convirtió con el tiempo en un gran abba (cfr. Apotegma n. 246).

440. Dijo abba Carión: “Más esfuerzos he realizado que mi hijo Zacarías, y no he llegado a su medida, por su humildad y su silencio”.

441. Había en Escete un monje llamado Carión. Tuvo dos hijos, y los dejó a su mujer cuando se apartó (para hacerse monje). Con el tiempo, hubo hambre en Egipto, y su mujer, que carecía de todo, vino a Escete llevando consigo a los dos niños: uno era varón y se llamaba Zacarías, la otra era mujer. Permaneció lejos del anciano, en el pantano. Hay en efecto un pantano junto a Escete, donde se encuentran edificadas las iglesias y están las fuentes de agua. Existía en Escete la costumbre que si venía una mujer para hablar con su hermano o para conversar con otro, hablaban sentados el uno lejos de la otra. La mujer dijo a abba Carión: “Te hiciste monje y ahora hay hambre. ¿Quién alimentará a tus hijos?”. Le respondió abba Carión: “Mándalos aquí”. Dijo la mujer a los hijos: “Id con vuestro padre”. Se dirigieron hacia donde él estaba; la niña se volvió con su madre, pero el varón llegó hasta su padre. El dijo: “Así

está bien: toma tú la niña, y vete; yo me encargo del niño”. Lo alimentaba en Escete, y sabían todos que era su hijo. Cuando creció, hubo en la fraternidad murmuraciones acerca de él. Lo supo abba Carión y dijo a su hijo: “Zacarías, levántate y vámonos de aquí, porque los Padres están murmurando”. El pequeño le dijo: “Abba, aquí todos saben que soy tu hijo, pero si vamos a otra parte no tendrás que decir que soy tu hijo”. El anciano le dijo: “Levántate, vámonos de aquí”. Y fueron a la Tebaida. Tomaron allí una celda y permanecieron pocos días, y se hizo idéntica murmuración acerca del niño. Díjole entonces su padre: “Zacarías, levántate vamos a Escete”. Y vinieron a Escete, y pasados pocos días, hubo nuevamente murmuración sobre él. Entonces, el niño Zacarías fue al estanque de nitrio, se desvistió y entró en él hasta la nariz. Permaneció las horas que pudo, y su cuerpo se transformó, y quedó como el de un leproso. Volvió, se puso sus vestidos, y vino adonde estaba su padre, quien apenas le conoció. Cuando fue, según la costumbre, a recibir la santa comunión, le fue revelado al bienaventurado Isidoro, el presbítero de Escete, lo que había hecho, y lo vio y se admiró, y dijo: “El niño Zacarías vino el domingo pasado, y comulgó como hombre; mas ahora lo ha hecho como ángel”.

441 A. (965) Dijo abba Carión: “El hombre que vive con un niño, si no es firme, cae; pero si es firme y no cae, tampoco progresa”.

ABBA COPRES

Este Copres, que vivía en Escete, debe ser distinguido del Copres tebano, del que habla el capítulo 10 de la “Historia de los monjes de Egipto”. Los apotegmas que siguen lo muestran como hombre simple y humilde.

442. Dijo abba Pastor acerca de abba Copres que había llegado a tal medida que, cuando estaba enfermo, acostado, daba gracias y reprimía su voluntad propia.

443. Dijo abba Copres: “Bienaventurado el que soporta el trabajo con acción de gracias”.

444. Se congregaron en cierta ocasión los que vivían en Escete, para discutir acerca de Melquisedec, y olvidaron llamar a abba Copres. Después lo llamaron, y lo interrogaron sobre ese punto. Mas él, golpeándose la boca tres veces, dijo: “¡Pobre de ti, Copres! Porque has abandonado lo que Dios te mandó que hicieras, e indagas lo que no te ha pedido”. Al oír esto, los hermanos huyeron a sus celdas.

ABBA CIRO

En la literatura monástica de la época, no se hace ninguna mención de este abba Ciro de Alejandría.

445. Interrogado abba Ciro el alejandrino acerca del pensamiento de impureza respondió de esta manera: “Si no tienes el pensamiento, no tienes esperanza; si no tienes pensamientos, tienes actos. Esto es: el que no lucha en su espíritu contra el pecado ni le resiste, lo comete corporalmente; pues quien hace las obras no es molestado por los pensamientos”. Interrogó el anciano al hermano, diciendo: “¿Acostumbras conversar con mujeres?”. Respondió el hermano: “No. Mis pensamientos son imágenes nuevas y antiguas; son los recuerdos los que me molestan, y las figuras de mujeres”. El anciano le dijo: “No temas a los muertos; huye más bien de los vivos, y dedícate a la oración”.

LETRA LAMBDA

ABBA LUCIO

Lucio figura, junto con Longino y Teodoro, entre los grandes monjes del monasterio de Ennatón (cfr. apotegma n. 298). Los hereéticos llamados "euquitas" o "mesalianos" centraban todo el cristianismo en la oración, descuidando los sacramentos y la moral. Fueron condenados por el concilio de Efeso (431). El apotegma ilustra el contraste entre el falso espiritualismo de los equitas y el sentido común y realismo de los Padres del desierto.

446. Unos monjes, de los llamado euquitas, fueron una vez donde abba Lucio, en el Ennatón, y el anciano les preguntó: "¿Qué trabajo manual hacéis?". Ellos respondieron: "Nosotros no hacemos trabajo manual, sino que, como dice el Apóstol, oramos incesantemente". El anciano les dijo: "¿Acaso no coméis?". Y respondieron: "Sí". Les preguntó: "Cuando coméis, ¿quién ora por vosotros?". Y después les dijo: "¿Acaso no dormís?". Y respondieron: "Sí". Y les dijo el anciano: "Y mientras dormís, ¿quién ora por vosotros?". Y no encontraban qué responder a lo que les decía. El les dijo: "Perdonadme, pero vosotros no hacéis lo que decís. Yo os enseñaré cómo oro, mientras trabajo incesantemente con las manos. Estoy sentado con Dios, tejiendo mis pequeños ramos y haciendo esteras con ellos, y mientras tanto digo: Perdóname, oh Dios, por tu gran misericordia, y por tu gran piedad borra mi pecado". Les dijo: "¿No es oración esto?". Le respondieron: "Sí". El les dijo: "Cuando he pasado todo el día trabajando manualmente y orando, reúno más o menos dieciséis monedas. Doy dos de ellas en la portería, y con las restantes, como; y el que toma las dos monedas, ora por mí mientras yo como o duermo. De este modo, por la gracia de Dios, se realiza en mí aquello de orar incesantemente".

ABBA LOT

Los apotegmas relacionan a abba Lot con José de Panefo, con Arsenio y Pedro el Pionita. Representa la mentalidad antiorigenista de la mayoría de los monjes egipcios.

447. Un anciano vino adonde estaba Lot, cerca del pequeño pantano de Arsinoe, y le rogó que le diese una celda. El se la dio. El anciano estaba enfermo, y abba Lot lo atendió, y si llegaban otros para visitar a abba Lot, hacía que visitaran también al anciano enfermo. Mas éste comenzó a proferir palabras de Orígenes. Abba Lot se afligía, diciendo: “No vayan a creer los Padres que nosotros somos así”. Mas temía expulsarlo del lugar, a causa del mandamiento. Se levantó abba Lot y fue a ver a abba Arsenio, y le contó lo del anciano. Abba Arsenio dijo: “No lo expulses, sino dile: Come y bebe cuanto quieras de los bienes de Dios, pero no digas esas cosas. Si quiere, se corregirá, mas si no quiere enmendarse, debes rogarle que se aleje espontáneamente del lugar. De este modo no serás tú la causa de su partida”. Regresó abba Lot e hizo como le dijera. Mas el anciano, al oír esto, no quiso corregirse, sino que empezó a rogar, diciendo: “Por el Señor, sacadme de aquí, pues no soporto ya el desierto”. Y con esto se levantó y partió, despedido con caridad.

448. Relataron acerca de un hermano que había pecado, y que fue, conturbado, a ver a abba Lot. Pero entraba y salía, y no podía estarse quieto. Le dijo abba Lot: “Hermano, ¿qué tienes?”. El respondió: “He cometido un gran pecado, y no puedo decirlo a los Padres”. El anciano le dijo: “Confíesámelo, y yo lo llevaré”. Entonces dijo: “Caí en fornicación y sacrificué (a los ídolos) para poder hacerlo”. Le dijo el anciano: “Confía que hay penitencia; ve, permanece en la cueva, come día por medio, y yo llevaré contigo la mitad del pecado”. Después de tres semanas, le fue revelado al anciano que Dios había recibido la penitencia del hermano. Y permaneció sometido al anciano hasta la muerte.

ABBA LONGINO

Longino, como Lucio, era originario de Cilicia, fue monje en Siria y se estableció después en el monasterio de Ennatón, cerca de Alejandría. Fue líder en la oposición al Concilio de Calcedonia. Ennatón se convirtió en la sede del patriarca monofisita de Alejandría, hasta que fue destruido por los persas en el año 617.

449. Interrogó abba Longino a abba Lucio acerca de tres pensamientos, diciendo: “Quiero peregrinar”. El anciano le dijo: “Si no dominas tu lengua no serás peregrino, dondequiera que vayas. Domina aquí tu lengua, y serás peregrino”. Le dijo también: “Quiero ayunar”. Respondió el anciano: “Dijo el profeta Isaías: Aunque dobles tu cuello como un lazo y un junco, no es el ayuno que yo acepto. Domina más bien tus malos pensamientos”. En tercer lugar le dijo: “Quiero apartarme de los hombres”. El anciano respondió: “Si no vives primero rectamente con los hombres, no podrás vivir rectamente en la soledad”.

450. Dijo abba Longino: “Cuando estés enfermo, di: Enferma y muere, pero si pides alimento fuera del tiempo establecido, ni siquiera te daré el alimento cotidiano”.

451. Una mujer, que tenía en un pecho la enfermedad que llaman cáncer, habiendo oído hablar de abba Longino, quería encontrarlo. El anciano vivía en el noveno miliario de Alejandría. La mujer, buscándolo, lo encontró cuando el bienaventurado estaba recogiendo leña junto al mar. Al verlo, le dijo: “Abba, ¿dónde vive abba Longino, el siervo de Dios?”, pues ignoraba que fuese él. El respondió: “¿Qué quieres de ese impostor? No vayas a él, pues es un impostor. ¿Qué tienes?”. La mujer le mostró el lugar enfermo. El, después de hacer la señal (de la cruz) sobre él, la despidió, diciendo: “Vete, y que Dios te cure. Longino nada puede darte”. La mujer se fue, creyendo en la palabra, y quedó curada en seguida. Después, cuando contaba a otros lo que le había sucedido, y al dar las señas del anciano, supo que se trataba del mismo abba Longino.

452. En otra ocasión le llevaron un endemoniado. El les dijo: “No puedo hacer nada por vosotros. Id más bien a ver a abba Zenón”. Comenzó abba Zenón a rogar al demonio para que saliese, pero el demonio se puso a vociferar: “Ahora crees, abba Zenón, que me voy por tu causa; pero abba Longino está allí, orando, pidiendo contra mí. Salgo aterrorizado por sus oraciones, pues de otro modo, ni siquiera te respondería”.

453. Dijo abba Longino a abba Acacio: “La mujer sabe que ha concebido cuando cesa el flujo de su sangre. También el alma sabe que ha concebido al Espíritu Santo, cuando dejan de salir de ella las pasiones inferiores. Pero mientras está demorado por ellas, ¿cómo podría vanagloriarse de que es impasible? Da la sangre y recibe el Espíritu”.

LETRA MI

ABBA MACARIO EL EGIPCIO

Macario el Egipcio, o el Grande, nació alrededor del año 300 y fue camellero en su juventud. Fue uno de los pioneros del desierto de Escete, siguiendo en su modo de vida anacorético el ejemplo de san Antonio, al que visitó dos veces. Tuvo muchos discípulos, fue ordenado sacerdote y murió hacia el año 390.

A menudo es confundido con su homónimo, Macario el Alejandrino y los apotegmas números 461, 462, 463, 464, 471, 488, 490, 493 y 481 pertenecen más bien a este último.

454. Abba Macario contaba de sí mismo: “Cuando era joven y vivía en la celda en Egipto, me tomaron y me hicieron clérigo en la aldea. No quise aceptarlo, y hui a otro lugar. Vino a mí un seglar piadoso, que recibía mi trabajo manual y me asistía. Sucedió entonces que cierta virgen de la aldea fue tentada y pecó. Quedó embarazada, y la interrogaban con quién había sido. Ella dijo: El solitario. Salieron a buscarme, me llevaron a la aldea y ataron a mi cuello cacerolas ennegrecidas por el humo y asas de cántaros. Me llevaron así por la aldea, golpeándome y diciendo: Este monje ha corrompido a nuestra virgen, ¡agarradlo, agarradlo! Y me golpearon hasta dejarme medio muerto. Un anciano, acercándose, dijo: ¿Hasta cuándo golpearéis a este monje extranjero? El hombre que me asistía, me seguía avergonzado. Muchos lo humillaban, diciéndole: Mira al ermitaño de quien testimoniabas, ¿qué ha hecho? También los padres de la joven decían: No lo soltaremos hasta que dé garantías de que la alimentará. Se lo dije a mi servidor, y éste se hizo mi garante. Fui a mi celda, y le entregué todas las cestas que tenía, diciendo: Véndelas, y dale a mi mujer para que coma. Y dije a mi pensamiento: Macario, ya has encontrado mujer para ti; es necesario que trabajes un poco más para alimentarla. Trabajaba día y noche, y le enviaba (el dinero). Cuando le llegó a la pobre el tiempo de dar a luz, pasó varios días con los dolores, y no daba a luz. Le preguntaron: ¿Qué sucede? Ella dijo: Yo lo sé; es porque

calumnié al ermitaño y lo acusé falsamente. El no es culpable, sino el joven tal. Vino alegremente mi servidor, y me dijo: No pudo dar a luz la joven hasta que no confesó, diciendo: No tiene culpa el ermitaño; lo he difamado. Y toda la aldea quiere venir solemnemente para aquí, a pedirte perdón. Al oír esto, me levanté y hui a Escete, para que los hombres no me molestaran. Este es el principio y la causa de mi venida hasta aquí”.

455. Fue una vez Macario el egipcio desde Escete a la montaña de Nitria, a la oblación de abba Pambo. Los ancianos le dijeron: “Di una palabra a los hermanos, abba”. El dijo: “Yo no soy monje todavía, pero he visto monjes. Estaba una vez en la celda, en Escete, y me molestaban los pensamientos, diciéndome: Ve al desierto y observa lo que veas. Estuve combatiendo contra el pensamiento durante cinco años, diciendo: No sea que proceda del demonio. Mas como el pensamiento persistía, fui al desierto y encontré allí un río, con una isla en medio, y las bestias del desierto venían a beber en él. Vi en medio dos hombres desnudos, y mi cuerpo tembló, pues pensé que eran espíritus. Ellos, al verme temblando, me dijeron: No temas, nosotros también somos hombres. Les pregunté: ¿De dónde sois, y cómo habéis llegado hasta este desierto? Y ellos respondieron: Pertenece a un cenobio, y hemos salido de común acuerdo y nos hemos venido para aquí, hace ya cuarenta años. Uno es egipcio y el otro libio. Ellos también me interrogaron, diciendo: ¿Cómo va el mundo? ¿Viene el agua a su tiempo? ¿Tiene abundancia el mundo? Les respondí: Sí. Yo les pregunté todavía: ¿Cómo puedo hacer para llegar a ser monje? Y ellos me respondieron: Si uno no renuncia a todas las cosas del mundo, no puede ser monje. Les dije: Yo soy débil, y no puedo lo que podéis vosotros. Ellos me dijeron: Si no puedes hacer como nosotros, permanece sentado en tu celda y llora tus pecados. Les pregunté: Cuando llega el invierno, ¿no os heláis?; y cuando hace calor, ¿no se abrasan vuestros cuerpos? Respondieron: Es Dios quien nos concede el vivir de esta manera; ni nos helamos en invierno ni nos afecta el verano. Por eso os he dicho que no soy monje todavía, pero que he visto monjes. Perdonadme, hermanos”.

456. Cuando abba Macario habitaba en el Gran Desierto, era el único que vivía en esa soledad; más abajo había otro desierto, en el que habitaban numerosos hermanos. Estaba una vez el anciano

mirando hacia el camino, y vio a Satanás que venía, con aspecto humano, y pasaba por donde él estaba. Parecía que llevaba una túnica de lino perforada, y de cada agujero pendía una ampolla. Le preguntó el gran anciano: “¿Adónde vas?”. Le respondió: “Voy a despertar la memoria de los hermanos”. El anciano le dijo: “¿Para qué llevas esas ampollas?”. Replicó: “Llevo alimentos a los hermanos”. Le dijo el anciano: “¿Y llevas tantas?”. Respondió: “Sí, porque si alguno no gusta de una, le presento otra, y si tampoco gusta de ésta, le doy otra. De todos modos, alguna le habrá de gustar”. Después de decir esto se alejó. Permaneció el anciano observando el camino, hasta que regresó. El anciano, al verlo, le dijo: “¡Salve!”. El respondió: “¿Cómo habré de salvarme?”. Le preguntó el anciano: “¿Por qué?”. Respondió él: “Todos fueron duros conmigo, y ninguno me recibió”. El anciano le preguntó: “¿No tienes allí ningún amigo?”. Respondió él: “Sí, tengo allí un monje amigo, que al menos me hace caso, y cuando me ve, se da vuelta como el viento”. El anciano le preguntó: “¿Cómo se llama el hermano?”. Dijo: “Teopempto”. Y dicho esto, se alejó. Abba Macario se levantó y fue al desierto inferior. Los hermanos, al oírlo, salieron a su encuentro con ramos. Y después, cada uno se preparaba, pensando que el anciano vendría a quedarse con él. Mas el preguntaba quién, en la montaña, se llamaba Teopempto. Cuando lo hubo encontrado, entró en su celda. Teopempto lo recibió con alegría. Cuando estuvo a solas con él, le preguntó el anciano: “¿Cómo están tus asuntos, hermano?”. Respondió: “Bien, gracias a tus oraciones”. El anciano le dijo: “¿No te atacan los pensamientos?”. El dijo: “Por ahora todo va bien”. Le daba vergüenza hablar. El anciano le dijo: “Llevo muchos años viviendo en la ascesis y soy honrado por todos, y a mí, un anciano, me ataca el espíritu de fornicación”. Teopempto le respondió, diciendo: “También a mí, abba, créelo”. El anciano prosiguió, confiándole que otros pensamientos también lo atribulaban, hasta hacerlo confesar a él. También le preguntó: “¿Cómo ayunas?”. El respondió: “Hasta la hora nona”. El anciano le dijo: “Ayuna hasta el atardecer, esfuerzate, medita el evangelio y las demás Escrituras, y si sube hasta ti un pensamiento, no mires hacia abajo, sino siempre hacia arriba, y en seguida vendrá el Señor a auxiliarte”. Y cuando el anciano hubo enseñado al hermano, regresó a su desierto. Estaba otra vez mirando, cuando vio al mismo demonio, y le dijo: “¿Adónde vas otra vez?”. Respondió: “A recordar a los hermanos”. Y se alejó. Cuando pasó nuevamente, le dijo el santo: “¿Cómo están los herma-

nos?”. El respondió: “Mal”. El anciano le preguntó: “¿Por qué?”. El dijo: “Todos están contra mí, y el amigo que yo tenía y que me obedecía es ahora el peor de ellos; este, no sé cómo, se ha cambiado, y ya no puedo convencerlo, sino que se ha convertido en el más duro de todos. Por eso, he jurado no pisar más ese lugar hasta que haya pasado un tiempo”. Y diciendo esto, se alejó, dejando solo al anciano. El santo, entonces, entró en su celda.

457. Vino abba Macario el grande al monte en que habitaba abba Antonio. Cuando golpeó a la puerta, salió hacia él y le dijo: “¿Quién eres tú?”. El respondió: “Yo soy Macario”. Pero, cerrando la puerta, entró y lo dejó allí (fuera). Después, al ver su paciencia, le abrió y lo recibió con alegría, diciendo: “Desde hace mucho tiempo deseaba verte, pues he oído hablar de ti”. Lo hospedó con caridad y lo hizo descansar, porque estaba muy cansado. Cuando atardecía, abba Antonio mojó palmas para sí. Abba Macario le dijo: “Dispón que yo también moje para mí”. El dijo: “Moja”. Y haciendo un ramo grande, lo mojó. Estuvieron sentados desde la tarde, hablando de la salvación de las almas, mientras trenzaban, y la soga (que hacían) bajaba por la ventana hasta la gruta. Al salir el bienaventurado Antonio por la mañana, vio el largo de la soga de abba Macario, y dijo: “Mucha fuerza sale de estas manos”.

458. Dijo abba Macario a los hermanos acerca de la desolación de Escete: “Cuando veáis una celda edificada cerca del pantano, sabed que está cercana su destrucción; cuando veáis árboles, está ya a las puertas; cuando veáis niños, tomad las melotas y alejaos”.

459. Dijo también, queriendo reconfortar a los hermanos: “Vino una vez aquí un niño endemoniado, con su madre, y le decía: Levántate, mujer, vámonos de aquí. Ella respondía: No puedo marchar más. El niño le dijo: Yo te llevaré. Y me admiré de la maldad del demonio, cómo quiso hacerlos huir de aquí”.

460. Contaba abba Sisoés: “Cuando vivía en Escete con Macario, subimos siete hombres con él para cosechar. Había una viuda cosechando cerca de nosotros, y no cesaba de llorar. Llamó entonces el anciano al dueño del predio, y le preguntó: ¿Qué tiene

esta mujer, que llora siempre? Le respondió: Su marido había recibido un depósito, pero murió repentinamente, y no dejó dicho dónde lo puso. Y el dueño del depósito quiere tomarlos, a ella y a sus hijos, como esclavos. El anciano le dijo: Dile que venga adonde estamos nosotros, cuando descansemos por el calor. Fue la mujer, y el anciano le preguntó: ¿Por qué lloras de esta manera? Ella respondió: Mi marido murió, pero había aceptado un depósito, y no dijo antes de morir dónde lo había puesto. El anciano le dijo: Ven, muéstrame dónde lo has sepultado. Y tomando consigo a los hermanos, salió con ella. Cuando llegaron al lugar, le dijo el anciano: Vete a tu casa. Y después de orar con ellos (los hermanos), llamó el anciano al muerto: Hombre, ¿dónde pusiste el depósito ajeno? Y dijo, en respuesta: Está escondido en mi casa, bajo la pata de la cama. El anciano le dijo: Duérmete de nuevo hasta el día de la resurrección. Los hermanos, al ver esto, cayeron a sus pies, a causa del temor. Y el anciano les dijo: No ha sucedido esto por mí, pues no soy nada, si no que lo hizo Dios por la mujer y los huérfanos. Esto es lo grande: Dios quiere que el alma esté sin pecado, y lo que pida, recibirá. Saliendo de allí, dijo a la viuda dónde se encontraba el depósito. Ella lo tomó y lo devolvió al dueño, quien liberó a sus hijos. Y todos los que supieron esto, glorificaban a Dios”.

461. Contaba abba Pedro acerca de san Macario que, llegando una vez adonde estaba un anacoreta, lo encontró enfermo, y le preguntó qué deseaba comer. No tenía nada en su celda. Él dijo: “Un dulce”. Y este hombre fuerte no dudó en ir hasta la ciudad de Alejandría para buscarlo y dárselo al enfermo. Y cosa tan admirable no fue conocida por nadie.

462. Dijo también: “Dijeron algunos ante la simplicidad de abba Macario, cuando recibía a todos los hermanos: ¿Por qué te haces así? El respondió: Durante doce años he servido a mi Señor, para que me acordara esta gracia, ¿y vosotros todos me aconsejáis que la abandone?”.

463. Decían también acerca de abba Macario que, cuando frecuentaba a los hermanos, se había impuesto esta regla: “Si hay vino, bebe por los hermanos, y por cada vaso de vino, no bebas agua un día”. Los hermanos, para confortarlo, le daban (vino). El anciano lo tomaba con alegría, para tener ocasión de mortificarse.

Mas el discípulo, viendo la cosa, dijo a los hermanos: “Por el Señor, no le deis, sino después se matará en la celda”. Los hermanos lo advirtieron, y ya no le dieron más.

464. Iba una vez abba Macario desde el pantano a su celda, llevando unas ramas de palmera, y por el camino se encontró con el diablo, que llevaba una hoz. Quiso herirlo, pero no pudo, y le dijo: “¡Qué fuerza sale de ti, Macario, que no puedo contigo! Y sin embargo, lo que tú haces, yo también lo hago: tú ayunas, también yo; tú velas, yo no duermo nunca. Sólo en una cosa me veneces”. Abba Macario le preguntó: “¿Qué es?”. Le respondió: “Tu humildad; por eso nada puedo contra ti”.

465. Algunos Padres interrogaron a abba Macario, el egipcio, diciendo: “Cómo es que, sea que comas o que ayunes, tu cuerpo está seco”. Respondió el anciano: “El leño que sirve para revolver los sarmientos en el fuego es enteramente consumido por el fuego. Del mismo modo, si el hombre purifica su alma en el temor de Dios, el temor de Dios consume su cuerpo”.

466. Subió una vez abba Macario desde Escete hasta Terenutis, y entró en el templo para dormir. Había allí viejos féretros de paganos, y tomando uno de ellos, lo puso bajo su cabeza, como almohada. Los demonios, al ver su audacia, tuvieron envidia de él, y para atemorizarlo, llamaban, como dirigiéndose a una mujer: “Ven con nosotros al baño”. Otro demonio, que estaba debajo suyo, respondió, como si fuese un muerto: “Tengo sobre mí a un extranjero, y no puedo salir”. El anciano no tuvo miedo, sino que golpeó confiadamente al féretro, diciendo: “Levántate, ve a la oscuridad, si puedes”. Al oírlo, dieron los demonios una gran voz: “¡Nos has vencido!”. Y huyeron avergonzados.

467. Decían de abba Macario el egipcio que una vez que subía desde Escete con unos canastos, se sentó, fatigado, y oró diciendo: “Oh Dios, tú sabes que no puedo más”. Y en seguida se encontró junto al río.

468. Había en Egipto un hombre que tenía un hijo paralítico. Lo llevó a la celda de abba Macario y lo dejó llorando en la puerta,

y se alejó. El anciano, inclinándose, vio al niño y le preguntó: “¿Quién te trajo hasta aquí?”. Respondió: “Mi padre y me tiró aquí y se fue”. El anciano le dijo: “Levántate y síguelo”. Y en seguida sanó; se levantó y alcanzó a su padre, y se volvieron entonces a su casa.

469. Abba Macario el grande decía a los hermanos en Escete, cuando despedía a la asamblea: “Huid, hermanos”. Uno de los ancianos le preguntó: “¿Adónde hemos de huir más allá de este desierto? Mas él ponía su dedo sobre la boca, diciendo: “Huid de esto”. Y entraba en su celda, cerraba la puerta y se sentaba.

470. Dijo el mismo abba Macario: “Si al corregir a alguien te sientes movido a ira, satisfaces tu pasión. No te pierdas a ti mismo para salvar a otro”.

471. El mismo abba Macario, cuando estaba en Egipto, encontró un hombre con un asno y que estaba robando sus pertenencias. El, entonces, como si fuera un extraño, ayudó al ladrón a cargar la bestia y lo acompañó con gran tranquilidad de espíritu diciendo: “Nada hemos traído al mundo, nada podemos sacar de él. El Señor ha dado, se hizo como él quiso. Sea Dios bendito en todo”.

472. Preguntaron a abba Macario, diciendo: “¿Cómo debemos orar?”. El anciano respondió: “No es necesario hablar mucho. Extiende las manos y di: Señor, como tú quieres y sabes, ten piedad. Si llega una tentación: ¡Señor, ayuda! Pues él sabe lo que es útil, y hace misericordia con nosotros”.

473. Dijo abba Macario: “Si el desprecio es para ti igual a la alabanza, la pobreza igual a la riqueza, la indigencia igual a la abundancia, no morirás. Pues es imposible que el que cree lo que debe y obra con piedad, caiga en la impureza de las pasiones y en el engaño de los demonios”.

474. Decían que dos hermanos pecaron en Escete, y que abba Macario el alejandrino los había excomulgado. Vinieron y se lo contaron algunos a abba Macario el grande, el egipcio. Este dijo:

“No están excomulgados los hermanos sino que el excomulgado es Macario” (aunque lo amaba). Oyó Macario que había sido excomulgado por el anciano y huyó al pantano. Salió abba Macario el grande y lo encontró acribillado por los mosquitos, y le dijo: “Tú excomulgaste a los hermanos, y tuvieron que partir para la aldea. Yo te excomulgo a ti, y tú, como una virgen hermosa, huiste hasta aquí, a lo más íntimo de la habitación. Convoqué a los hermanos, los interrogué y dije: No hay nada. Mira tú, hermano, si no te burlaron los demonios pues nada viste. Haz penitencia por tu falta”. Dijo él: “Dame, si quieres, una penitencia”. Viendo el anciano su humildad, le dijo: “Ve, ayuna durante tres semanas, comiendo sólo una vez cada semana”. Esta era, en efecto, su práctica siempre: ayunar toda la semana.

475. Dijo abba Moisés a abba Macario en Escete: “Quiero vivir en la *hesiquía*, y no me lo permiten los hermanos”. Abba Macario le dijo: “Veo que eres de naturaleza delicada, y no puedes rechazar al hermano. Pero si quieres vivir en la *hesiquía*, ve al desierto, hacia adentro, en Petra, y allí tendrás la *hesiquía*”. Así lo hizo, y encontró la calma.

476. Fue un hermano adonde estaba abba Macario el egipcio, y le dijo: “Abba, dime una palabra para salvarme”. El anciano le dijo: “Ve al sepulcro e injuria a los muertos”. El hermano fue, los injurió y les tiró piedras, y volvió a decírselo al anciano. Este le preguntó: “¿Te dijeron algo?”. Respondió: “Nada”. El anciano le dijo: “Ve mañana otra vez, y alábalos”. El hermano fue, y los alabó, llamándolos apóstoles, santos y justos. Y regresó adonde estaba el anciano y le dijo: “Los he alabado”. Le preguntó: “¿No respondieron nada?”. El hermano contestó: “No”. Díjole el anciano: “Tú sabes de qué manera los has insultado, y no te respondieron, y cómo los alabaste, y no te dirigieron la palabra. Tú también, si quieres salvarte, sé como un muerto. Como los muertos, no pienses en la injusticia de los hombres ni en su alabanza, y podrás salvarte”.

477. Iba una vez abba Macario a Egipto con los hermanos, cuando oyó que un niño decía a su madre: “Madre, un rico me ama, y yo lo odio, y un pobre me odia, pero yo lo amo”. Lo oyó abba Macario, y se asombró. Los hermanos le preguntaron:

“¿Qué significa esa palabra, padre, que te causa asombro?”. El anciano les dijo: “En verdad, nuestro Señor es rico y nos ama, pero no queremos escucharle; nuestro enemigo el diablo es pobre y nos odia, y amamos su impureza”.

478. Le rogó abba Pastor con muchas lágrimas, diciendo: “Dime una palabra para salvarme”. El anciano le respondió: “Lo que tú buscas se ha alejado de los monjes”.

479. Fue una vez abba Macario adonde se encontraba abba Antonio, y después de conversar con él, regresó a Escete. Salieron los Padres a recibirlo. Mientras hablaban, les dijo el anciano: “Dije a abba Antonio que en nuestro lugar no tenemos oblación”. Y comenzaron los Padres a hablar de otras cosas, y no lo interrogaron para saber cuál había sido la respuesta del anciano, ni el anciano les dijo nada. Esto decía uno de los Padres, que cuando los Padres veían que los hermanos olvidaban preguntar algo útil para ellos, tomaban la iniciativa de comenzar la conversación, pero si los hermanos no la continuaban, no la seguían ellos, para no ser encontrados hablando sin haber sido interrogados, y se hallase inútil su palabra.

480. Interrogó abba Isaías a abba Macario: “Dime una palabra”. Le dijo el anciano: “Huye de los hombres”. Abba Isaías le preguntó: “¿Qué significa huir de los hombres?”. El anciano le dijo: “Sentarte en tu celda y llorar tus pecados”.

481. Dijo abba Pafnucio, discípulo de abba Macario: “Supliqué a mi padre: Dime una palabra. El me dijo: No hagas mal a nadie, a nadie condenes. Guarda esto y serás salvado”.

482. Dijo abba Macario: “No duermas en la celda de un hermano que tiene mala fama”.

483. Fueron cierta vez unos hermanos de Escete adonde estaba abba Macario. Y en su celda no encontraron sino agua podrida. Le dijeron: “Abba, ven a la aldea y te haremos descansar”. El anciano les dijo: “¿Conocéis, hermanos, la panadería de fulano, en la

aldea?”. Le respondieron: “Sí”. El anciano les dijo: “Yo también la conozco. ¿Conocéis el campo de zutano, por donde pasa el río?”. Le respondieron: “Sí”. El anciano les dijo: “Yo también lo conozco. Así que, cuando lo quiera, no necesito de vosotros, sino que puedo ir yo solo”.

484. Decían acerca de abba Macario que si un hermano se acercaba a él como a un santo y grande anciano, con temor, no le hablaba. Pero si un hermano le decía, como para humillarlo: “Abba, cuando eras camellero y robabas nitrío y lo vendías, ¿no te golpeaban los guardias?”, al que le hablaba de esta manera respondía con alegría, si lo interrogaba.

485. Decían acerca de abba Macario el grande que llegó a ser, según está escrito, como un dios terrestre. Pues como Dios cubre el mundo, así abba Macario cubría los pecados, y los veía como quien no los ve, y los oía como quien no los oye.

486. Contaba abba Bitimio que abba Macario dijo: “Mientras estaba en Escete bajaron una vez dos jóvenes extranjeros. Uno de ellos tenía la barba, al otro le estaba naciendo. Vinieron a mí y me dijeron: ¿Dónde está la celda de abba Macario? Yo les dije: ¿Qué queréis de él? Y respondieron: Hemos oído hablar de él y de Escete, y hemos venido a verlo. Les dije: Soy yo. Hicieron una metanía, diciendo: Queremos quedarnos aquí. Mas yo, al verlos tan delicados, criados entre riquezas, les dije: No podéis permanecer aquí. El mayor dijo: Si no podemos permanecer aquí, iremos a otra parte. Digo entonces a mi pensamiento: ¿Por qué los expulso? Se escandalizarían. El trabajo los hará marcharse espontáneamente. Les digo: Venid, construid, si podéis, una celda para vosotros. Y dijeron: Muéstranos un lugar, y la haremos”. Dioles el anciano un hacha, una cesta llena de panes, y sal. Les mostró el anciano una dura piedra, diciendo: “Sacad las piedras de aquí, llevad para vosotros madera del pantano y, después de techar, permaneced en ella”. “Yo pensaba —continuó— que se volverían a causa del trabajo. Me preguntaron qué trabajo tenían que hacer aquí. Les digo: Guerdas. Y tomando juncos del pantano les enseñé a principiar la cuerda, y a coser, y les dije: Haced canastos y dadlos a los guardianes, y ellos os traerán todo lo que necesitéis. Después me retiré. Ellos hacían con paciencia todo cuanto les había dicho yo, y no vi-

nieron a mí durante tres años. Yo permanecí luchando con los pensamientos y diciendo: ¿Cuál es su trabajo, que no vienen a consultar sobre su pensamiento? Los que viven lejos vienen hasta mí, y estos que están cerca no vienen a mí ni van a otros. Solamente acuden a la iglesia, en silencio, para recibir la oblación. Oré entonces a Dios, ayunando toda la semana, para que me mostrara su obra. Me levanté, pasada ya la semana, y fui hasta donde ellos estaban, para ver cómo vivían. Cuando llamé, me abrieron, y me saludaron en silencio; después de orar me senté. El mayor hizo una señal al más joven para que saliese, y se sentó para tejer la cuerda, sin hablar. A la hora novena hizo una señal, y entró el más joven. Hizo un cocido y, a un signo del mayor, preparó la mesa. Puso tres panes sobre ella, y quedó en silencio. Yo dije entonces: Levantaos, comamos. Se levantaron y comieron; trajo el odre y bebimos. Cuando atardecía, me preguntaron: ¿Te vas? Yo dije: No, dormiré aquí. Pusieron una estera para mí, en una parte, y en la parte opuesta otra para ellos. Se quitaron el cingulo y la capucha, y se acostaron en la estera que estaba frente a mí. Cuando se hubieron acostado, yo rogué a Dios que me revelara su obra. Y se abrió el techo, y se hizo luz como si fuera de día, pero ellos no veían la luz. Cuando me creyeron dormido, el mayor golpeó al menor en el costado, y se levantaron y ciñeron, y extendieron sus manos hacia el cielo. Yo los veía, pero ellos no me veían a mí. Vi a los demonios que se acercaban como moscas al menor, y venían algunos a posarse en su boca y otros en sus ojos. Vi entonces al ángel del Señor sosteniendo una espada de fuego, que daba vueltas en torno suyo y expulsaba a los demonios. Al mayor, empero, no podían acercarse. Poco antes de amanecer, volvieron a acostarse, y yo hice como que despertaba, y ellos también. El mayor me dijo solamente estas palabras: ¿Quieres que recitemos los doce salmos? Digo yo: Sí. Y el menor cantó cinco salmos de a seis versículos, con un aleluya, y a cada versículo salía de su boca una lámpara de fuego que subía al cielo. Del mismo modo, cuando abría la boca el mayor para salmodiar, salía una como cuerda de fuego, que llegaba hasta el cielo. También yo recité algo, de memoria. Cuando salía, les digo: Orad por mí. Ellos hicieron una metanía, en silencio. Supe entonces que el mayor era perfecto, y que el más joven lo atacaba todavía el enemigo. Después de pocos días moría el hermano mayor, y al tercer día, el menor”. Cuando los Padres iban a ver a abba Macario, éste los llevaba a su celda, diciendo: “Venid a ver el *martyrium* de los jóvenes extranjeros”.

487. Los ancianos de la montaña enviaron a decir a abba Macario, rogándole: “Para que no se fatigue todo el pueblo por ti, dignate venir hasta nosotros, para que podamos contemplarte antes de que emigres al Señor”. Cuando estuvo en la montaña, reunióse junto a él todo el pueblo. Los ancianos le rogaron que dijese una palabra a los hermanos. Al oírlo, dijo: “Lloremos, hermanos, y derramen lágrimas nuestros ojos, antes de nuestra partida hacia donde nuestras lágrimas quemarán nuestros cuerpos”. Y todos lloraron, y cayeron sobre sus rostros, y dijeron: “Padre, ruega por nosotros”.

488. En otra ocasión, se levantó contra abba Macario un demonio, que con una espada quería amputarle el pie, y como no lo lograba, por su humildad, le dijo: “Todo lo que tenéis vosotros, nosotros también lo tenemos; sólo os diferenciáis de nosotros en la humildad y vencéis”.

489. Dijo abba Macario: “Si recordamos los males que nos infligen los hombres, borramos el poder del recuerdo de Dios. Si recordamos los males de los demonios, seremos invulnerables”.

490. Contó abba Pafnucio, el discípulo de abba Macario, que el anciano había dicho: “Cuando era niño, comía brevas con otros niños, y ellos fueron a robar higos. Mientras corrían, cayó uno, y lo tomé y lo comí. Cada vez que lo recuerdo, me siento y lloro”.

491. Dijo abba Macario: “Marchando en cierta ocasión por el desierto, encontré el cráneo de un muerto, que yacía en el suelo. Cuando lo toqué con el bastón de palma, el cráneo me habló. Le digo: ¿Quién eres tú? Me respondió el cráneo: yo era un sacerdote de los ídolos y de los paganos que vivían en este lugar; tú eres Macario, el pneumatóforo. Cuando te apiadas de los que están en el tormento, y oras por ellos, sienten un poco de alivio. El anciano le preguntó: ¿Cuál es el alivio y cuál es el tormento? Le respondió: cuanto dista el cielo de la tierra tanto hay de fuego bajo nuestros pies; estamos en medio del fuego, de la cabeza a los pies. No se puede ver a nadie cara a cara, sino que el rostro de cada uno está pegado a la nuca del otro. Cuando oras por nosotros, cada uno puede ver un poco del rostro del otro. Este es el alivio. Llorando, dijo el anciano: ¡Ay del día en que nació el hombre! El anciano le

preguntó: ¿Hay un castigo peor aún? El cráneo le respondió: La pena mayor está debajo nuestro. El anciano le preguntó: ¿Quiénes están allí? Dijo el cráneo: “Nosotros, puesto que desconocíamos a Dios, recibimos alguna misericordia, mas los que conocían a Dios y lo negaron, están debajo nuestro”. El anciano tomó la calavera y la enterró.

492. Decían acerca de abba Macario el egipcio, que una vez subía desde Escete a la montaña de Nitria, y cuando se acercaba al lugar, dijo a su discípulo: “Adelántate un poco”. Cuando se adelantó, se encontró con un sacerdote de los paganos. El hermano, a gritos, lo llamaba: “Ah, ah, demonio, ¿para dónde corres?”. Y se volvió, y lo golpeó, dejándolo medio muerto. Después, tomando el bastón escapó. Había marchado un poco cuando en su camino apareció abba Macario, que lo saludó: “Salve, salve, hombre fatigado”. Admirado, fue hasta él, y le dijo: “¿Qué has visto de bueno en mí para saludarme?”. Respondió el anciano: “Es que te veo trabajar, y no sabes que te esfuerzas en vano”. Le dijo: “Pues yo me he conmovido con tu saludo, y supe que era de parte de Dios. Otro monje, pero malo, me encontró y me insultó. Entonces, yo lo golpeé hasta la muerte”. El anciano supo que había sido su discípulo. Pero el sacerdote, abrazando sus pies, dijo: “No te soltaré hasta que me hagas monje”. Y subieron hasta donde había quedado el monje, lo alzaron y lo llevaron a la iglesia de la montaña. Al ver al sacerdote con él, se asombraron. Lo hicieron monje, y muchos de los paganos se hicieron cristianos. Decía abba Macario que la palabra mala hace malos a los buenos, y la palabra buena hace buenos a los mismos malos.

493. Se contaba de abba Macario que, estando una vez ausente, entró en su celda un ladrón. Cuando regresó a la celda, encontró al ladrón que estaba cargando el camello con sus cosas. El entraba en la celda, tomaba los objetos y cargaba (junto con el ladrón) el camello. Cuando estuvo cargado, el ladrón empezó a castigar al animal para que se levantara, pero no se alzaba. Al ver abba Macario que no se levantaba, entró en la celda y encontró un pequeño recipiente, lo sacó, y lo puso sobre el camello, diciendo: “Hermano, el camello busca esto”. Y el anciano, golpeándolo con el pie, le dijo: “Levántate”. En seguida se levantó y se alejó un poco, a causa de su palabra, pero después se sentó nuevamente, y no se levantó hasta que no lo descargaron de todos los objetos. Después, se fue.

494. Abba Aio interrogó a abba Macario, diciendo: “Dime una palabra”. Abba Macario le respondió: “Huye de los hombres, siéntate en tu celda y llora tus pecados. No ames la palabra de los hombres, y te salvarás”.

494 A. Dijo abba Macario: “Cuando era joven, sentí una vez acedia en la celda, y fui al desierto para decir mi pensamiento al que se mostrara, pidiéndole la gracia de una respuesta. Y encontré a un niño que comía como un animal. Le pregunté: ¿Qué haré, niño, que tengo hambre? Me dijo: Come. Le dije nuevamente: He comido, y sigo con hambre. Me dijo: Come otra vez. Volví a decirle: Ya comí, y aún tengo hambre. Entonces me dijo: Eres un asno, abba, que quiere devorarlo todo. Y saludando, se alejó”.

ABBA MOISES

Moisés fue un esclavo negro, que habiendo conseguido su libertad se dedicó al bandidaje en los desiertos egipcios. La intensidad de su conversión lo llevó a hacerse monje bajo la conducción de abba Isidoro el presbítero. Su espíritu humilde y dulce le atrajo tantos dirigidos que por consejo de Macario se retiró a la soledad de Petra (cfr. apotegma n. 475). En la devastación de Escete en el año 407, sufrió el anhelado martirio por parte de los bárbaros. A su tiempo había recibido también la ordenación sacerdotal.

495. Fue una vez abba Moisés tentado por la fornicación, y no pudiendo ya permanecer en la celda, fue y se lo dijo a abba Isidoro. El anciano lo exhortó a que regresara a su celda, mas él no quiso diciendo: “Abba, no puedo”. Tomándolo entonces consigo, lo llevó a la azotea y le dijo: “Mira hacia el poniente”. Miró y vio una innumerable cantidad de demonios, que excitados, hacían gran tumulto antes del combate. Le dijo después abba Isidoro: “Mira también hacia oriente”. Miró y vio una cantidad innumerable de santos ángeles gloriosos. Le dijo abba Isidoro: “Estos son enviados por el Señor para que protejan a los santos. Los que estaban hacia occidente son los que atacan. Pero son más los que están de nuestra parte”. Y abba Moisés dio gracias a Dios, tomó confianza y regresó a su celda.

496. En Escete cometió cierto hermano una falta. Se reunió el consejo y llamaron a abba Moisés. Este no quiso ir. Mandó el presbítero por él, diciendo: “Ven, pues te están esperando todos”. El se levantó y fue. Y tomando un recipiente perforado y llenándolo de agua, lo llevó. Salieron los demás a su encuentro y le dijeron: “¿Qué es esto Padre?”. El anciano respondió: “Mis pecados van cayendo a mis espaldas, y no los veo. Y hoy he venido para juzgar los pecados ajenos”. Al oírlo, no dijeron nada al hermano, sino que lo perdonaron.

497. Otra vez, en una reunión en Escete, queriendo probarlo los Padres, lo despreciaron diciendo: “¿Por qué viene este etíope con nosotros?”. El lo oyó y calló. Después que se fueron todos, le preguntaron: “Padre, ¿no te turbaste nada?”. Les dijo: “Me turbé, pero no hablé”.

498. Decían acerca de abba Moisés que fue ordenado clérigo, y le impusieron el humeral. El arzobispo, entonces, le dijo: “Te has vuelto blanco, abba Moisés”. El anciano respondió: “Exteriormente sí, señor Papa; ojalá fuera así en lo interior”. Quiso el arzobispo probarlo y dijo a los clérigos: “Cuando entre abba Moisés al santuario, expulsadlo y seguidlo para oír lo que dice”. Entró el anciano y lo increparon y expulsaron diciendo: “Retírate, etíope”. Al retirarse se decía a sí mismo: “Te han hecho bien a ti, hombre de piel cenicienta, negro. Tú que no eres hombre, ¿qué has venido a hacer entre los hombres?”.

499. Diose una vez en Escete esta orden: “Ayunad durante esta semana”. Sucedió que en aquel tiempo vinieron unos hermanos desde Egipto para visitar a abba Moisés. Este les hizo cocer algo. Pero al ver sus vecinos el humo, dijeron a los clérigos: “Moisés está desobedeciendo la orden, cociendo algo en su celda”. Ellos dijeron: “Cuando venga, nosotros le hablaremos”. El sábado, conociendo los presbíteros la admirable vida de abba Moisés, le dijeron en presencia del pueblo: “Abba Moisés, no observaste el mandamiento de los hombres, pero cumpliste el de Dios”.

500. Vino un hermano a Escete para visitar a abba Moisés, pidiéndole una palabra. Le dijo el anciano: “Ve, siéntate en tu celda y tu celda te enseñará todo”.

501. Dijo abba Moisés: “El que huye se parece a la uva madura, pero el que está entre los hombres es como la uva verde”.

502. Oyó hablar el gobernador acerca de abba Moisés, y fue a Escete para verlo. Le avisaron al anciano, y levantándose huyó al pantano. Se encontraron con él y le preguntaron: “Dinos, anciano, ¿dónde está la celda de abba Moisés?”. Les dijo: “¿Qué queréis de él? Es un hombre estúpido”. Fue el gobernador a la iglesia y dijo a los clérigos: “Habiendo oído hablar de abba Moisés vine a verlo, y nos encontramos con un anciano que iba a Egipto, y le preguntamos: ¿Dónde está la celda de abba Moisés? Y nos respondió: ¿Qué queréis de él? Es estúpido”. Al oírlo los clérigos se enfurecieron y dijeron: “¿Cómo era el anciano que habló del santo de esa manera?”. Le dijeron: “Anciano, con la ropa usada, alto y negro”. Ellos respondieron: “Ese es abba Moises, que habló así para no recibiros a vosotros”. Y el gobernador se alejó con gran edificación.

503. Decía abba Moisés en Escete: “Si guardamos los mandamientos de nuestros Padres, yo os aseguro en presencia de Dios, que los bárbaros nunca vendrán hasta aquí. Pero si no los guardamos, será devastado este lugar”.

504. Estando una vez sentados los hermanos junto a él, les dijo: “Hoy vendrán los bárbaros a Escete: levantaos y huid”. Le dijeron: “¿Tú no huyes, abba?”. El les dijo: “Yo espero este día desde hace tantos años, para que se cumpla la palabra del Señor Jesús, que dice: Todos los que toman la espada, morirán por la espada”. Le dijeron: “Nosotros tampoco huiremos, sino que moriremos contigo”. El les dijo: “Esto no es cosa mía, cada cual vea cómo vive”. Eran siete hermanos. Les dijo: “Los bárbaros están ya a la puerta”. Estos entraron y los mataron. Uno de ellos, sin embargo, se escapó tras las esteras y vio que bajaban siete coronas y los coronaban.

505. Preguntó un hermano a abba Moisés diciendo: “Veo una cosa delante mío y no puedo tomarla”. Le dijo el anciano: “Si no te vuelves como un muerto, como los que están en los sepulcros, no podrás tomarla”.

506. Dijo abba Pastor, que un hermano preguntó a abba Moisés, de qué modo el hombre puede hacerse como un muerto respecto de su prójimo. Le respondió el anciano diciendo: “Si no dice el hombre en su corazón que ya lleva tres días en el sepulcro, no alcanzará a cumplir esta palabra”.

507. Decían de abba Moisés en Escete, que disponiéndose a marchar hacia Petra, se cansó en el camino. Y díjose a sí mismo: “¿Cómo podré conseguir aquí el agua que necesito?”. Y descendió una voz que le dijo: “Entra y no te preocupes”. Y prosiguió. Se juntaron a él algunos Padres, y no tenía sino un pequeño odre de agua, que se gastó al cocer unas lentejas. El anciano se angustiaba. Entrando y saliendo oraba a Dios, y he aquí que una nube de lluvia vino sobre Petra y llenó todos los recipientes que tenía. Le preguntaron después al anciano: “Dinos ¿por qué entrabas y salías?”. Y el anciano respondió: Hacía un juicio con Dios, diciéndole: “Me trajiste hasta aquí, y no tengo agua para que beban tus servidores. Por eso entraba y salía, rogando a Dios hasta que la envío”.

Siete capítulos que mandó abba Moisés a abba Pastor

El que los guarde, escapará de todo castigo, y vivirá en la paz donde quiera que se halle, en el desierto o con los hermanos.

508. 1. El hombre debe morir respecto de su prójimo, para no juzgarlo en nada.

509. 2. El hombre debe morir a toda obra mala, antes de salir del cuerpo, para no hacer mal a nadie.

510. 3. Si el hombre no tiene en su corazón que es pecador, Dios no lo escuchará. Le preguntó el hermano: “¿Qué significa tener en su corazón que es pecador?”. Le dijo el anciano: “Si uno lleva sus pecados, no mira los del prójimo”.

511. 4. Si la obra no concuerda con la oración, se trabaja en vano. Le dijo el hermano: “¿Qué significa concordar la obra con la

oración?”. Le respondió el anciano: “Que no hagamos aquello por lo que rogamos. Pues cuando el hombre abandona su voluntad, Dios se reconcilia con él y recibe su oración”.

512 A. Preguntó el hermano: “¿En todo trabajo del hombre qué es lo que lo ayuda?”. Dijo el anciano: “Dios es el que ayuda. Pues está escrito: Dios es nuestro refugio y fortaleza en las tribulaciones que nos afligen grandemente”.

512 B. 5. Preguntó el hermano: “¿Para qué sirven los ayunos y vigiliias que hace el hombre?”. Le respondió el anciano: “Estos hacen que el alma se humille”. Pues está escrito: “Mira mi humildad y mi trabajo, y borra todos mis pecados. Si el alma da estos frutos, Dios se apiadará de ella”.

512 C. 6. Preguntó el hermano al anciano: “¿Qué hará el hombre en toda tentación que viene sobre él o en todo pensamiento malo?”. Le respondió el anciano: “Debe llorar en presencia de la bondad de Dios, para que lo ayude, y descansará en seguida si suplica con ciencia, pues está escrito: El Señor es mi auxilio y no temeré lo que me haga el hombre”.

512 D. 7. Dijo el hermano: “Un hombre golpea a su siervo por una falta que cometió, ¿qué dirá el siervo?”. Respondió el anciano: “Si el siervo es bueno dirá: “Perdóname, porque he pecado”. Preguntó el hermano: “¿Nada más dice?”. Dijo el anciano: “No. Desde el momento que toma el reproche sobre sí y dice: He pecado, en seguida se apiada de él el amo. El fin de todas las cosas es no juzgar al prójimo. Pues cuando la mano del Señor mató a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, no había casa en la cual no hubiera un muerto”. Preguntó el hermano: “¿Qué significa esta palabra?”. Le respondió el anciano: “Si nos permitieran ver nuestros pecados, no veríamos los del prójimo. Pues sería necesidad, si el hombre, teniendo un muerto de los suyos, dejase a éste y se fuese a llorar al de su prójimo. Morir a tu prójimo es llevar tus pecados y despreocuparte de todo hombre, que sea bueno o malo. No hagas mal a ningún hombre, ni pienses el mal contra nadie en el corazón, ni desprecies al que te hace mal. No te confíes con el que habla mal de su prójimo ni te alegres con el que le hace mal. No seas detractor de nadie, sino di: Dios conoce a cada uno. No te

confíes con el detractor ni te solaces en sus detracciones, ni odies al que habló mal de su prójimo. Esto es no juzgar. No tengas enemistad con ningún hombre, y no prendas enemistad en tu corazón. No odies al que es enemigo del prójimo. Esta es la paz. Consuélate en estas cosas. Durante un tiempo breve hay esfuerzo y descanso para la eternidad, por la gracia de Dios, el Verbo. Amén”.

ABBA MATOES

Matoes vivió cierto tiempo en Raithu, península del Sinaí. Fue ordenado sacerdote, pero por humildad jamás quiso ejercer funciones de tal, ya que “cuanto más se acerca el hombre a Dios, tanto más pecador se reconoce”. Doroteo de Gaza citará dos veces esta sentencia de abba Matoes.

513. Decía abba Matoes: “Prefiero un trabajo suave y permanente, que uno pesado en el comienzo, pero interrumpido en seguida”.

514. Dijo también: “Cuanto se acerca el hombre a Dios, tanto más se reconoce pecador. Isaías, el profeta, al ver a Dios, se decía a sí mismo miserable e impuro”.

515. Dijo también: “Cuando era joven, decía en mi interior: Tal vez haga algo bueno, pero ahora que he envejecido, veo que no tengo ni siquiera una sola obra buena en mí”.

516. Dijo también: “Satanás no sabe por qué vicio ha de sucumbir el alma. Siembra, pero no sabe si recogerá. Siembra pensamientos de fornicación, de detracción, y así las demás pasiones. Y a la pasión a la que ve inclinarse el alma, a esa alimenta”.

517. Fue un hermano adonde estaba abba Matoes y le dijo: “¿Cómo hacían los escetiotas más de lo que manda la Escritura, amando a sus enemigos más que a sí mismos?”. Le contestó abba Matoes: “Yo todavía no amo al que me ama, como a mí mismo”.

518. Un hermano preguntó a abba Matoes: “¿Qué haré si viene un hermano a mí y es día de ayuno o hacia el atardecer?”. Le respondió el anciano: “Si no te afliges y comes con el hermano, haces bien. Pero si no esperas a nadie, y sin embargo comes, es tu voluntad propia”.

519. Dijo abba Jacobo: “Fui adonde estaba abba Matoes, y cuando estaba por regresar le dije: “Quiero llegarme hasta Kellia”. Y me dijo: “Saluda de mi parte a abba Juan”. Cuando hube llegado adonde estaba abba Juan, le digo: “Te saluda abba Matoes”. Y me respondió el anciano: “Ves, abba Matoes es un verdadero israelita, en quien no hay engaño”. Cumplido el año, fui nuevamente a ver a abba Matoes y le dije el saludo de abba Juan. Y dijo el anciano: “No soy digno de la palabra del anciano, pero debes saber, cuando oigas a un anciano exaltar al prójimo sobre sí mismo, que ha llegado a una gran medida”. Porque esta es la perfección, exaltar sobre sí al prójimo.

520. Dijo abba Matoes: “Vino a mí un hermano y dijo que la detracción es peor que la fornicación”. Le dije: “Explicame esta palabra”. Me dijo: “¿Cómo entiendes esto?”. Yo dije: “La detracción es mala pero tiene curación, pues se arrepiente el detractor diciendo muchas veces: He hablado mal. Mas la fornicación es la muerte física”.

521. Fue una vez abba Matoes desde Raithu a la región de Magdolos. Estaba con él su hermano. El obispo se apoderó del anciano y lo ordenó presbítero. Cuando estaban comiendo juntos dijo el obispo: “Perdóname, abba, sabía que no deseabas esto, pero me animé a hacerlo para recibir tu bendición”. El anciano con humildad, le dijo: “Es verdad, mi alma no quería, pero lo que más siento es que debo separarme de mi hermano. No puedo llevar solo esto de hacer todas las oraciones”. El obispo le dijo: “Si sabes que es digno, yo lo ordeno”. Le contestó abba Matoes: “No sé si es digno; pero esto sólo sé; que es mejor que yo”. Lo ordenó a él también. Y murieron ambos, sin acercarse al santuario para hacer la oblación. Decía el anciano: “Confío en Dios, que no tendré un juicio grave por la ordenación, pues no hago la oblación. Pues la ordenación es para los que no tienen culpa”.

522. Dijo abba Matoes que tres ancianos acudieron a abba Pafnucio, llamado Céfalas, para pedirle una palabra. Les dijo el anciano: “¿Qué queréis que os diga, algo espiritual o algo corporal?”. Le contestaron: “Espiritual”. Díjoles el anciano: “Id, amad la aplicación más que el descanso, más el deshonor que la gloria y dar más que recibir”.

523. Un anciano interrogó a abba Matoes diciendo: “Dime una palabra”. El le dijo: “Ve, ruega a Dios que te dé llanto en tu corazón y ten humildad. Mira siempre tus pecados. No juzgues a otros, sino ponte por debajo de todos. No tengas amistad con un niño, ni confianza con mujer, ni amigo hereje. Cercena de ti la confianza (*parresía*), domina tu lengua y tu estómago y bebe poco vino. Si alguien habla de cualquier asunto, no discutas con él, pero si lo que dice está bien, dile: sí, sí. Si está mal dile: Tú sabes lo que dices. No disputes con él acerca de lo que habla. Esta es la humildad”.

524. Interrogó un hermano a abba Matoes: “Dime una palabra”. Y le respondió: “Recorta de ti la discusión acerca de cualquier asunto, y llora y arrepíentete, porque se acerca el tiempo”.

525. Un hermano preguntó a abba Matoes: “¿Qué haré?, porque mi lengua me atormenta, y cuando voy en medio de los hombres no puedo contenerla, sino que los condeno en las obras buenas y los acuso. ¿Qué haré pues?”. Respondiendo le dijo el anciano: “Si no puedes contenerte, huye a vivir solo, pues es enfermedad. El que vive con los hermanos, no debe ser cuadrangular sino redondo, para volverse hacia todos”. Y dijo el anciano: “No vivo en la soledad por voluntad, sino por enfermedad. Son los fuertes los que van en medio de los hombres”.

ABBA MARCOS, DISCIPULO DE ABBA SILVANO

Marcos, discípulo de Silvano, llegó a ser clásico como ejemplo de obediencia perfecta.

526. Decían de abba Silvano, que tenía en Escete un discípulo llamado Marcos de gran obediencia y calígrafo. El anciano lo amaba por su obediencia. Pero tenía once discípulos más que se afligían porque amaba a éste más que a los demás. Lo oyeron los ancianos y se entristecieron. Los ancianos fueron un día donde él y lo acusaron. Tomándolos consigo, salió y llamó en cada celda diciendo: “Hermano, ven que te necesito”. Y ninguno de ellos salió en seguida. Cuando llegó a la celda de Marcos, llamó diciendo: “Marcos”. Apenas oyó la voz del anciano salió en seguida, y lo mandó a hacer un servicio. Y dijo a los ancianos: “Padres, ¿los demás hermanos, dónde están?”. Y entrando en su celda, tomó su cuaderno y encontró que había empezado a escribir la letra omega, pero al oír al anciano no dejó que la pluma la concluyese. Le dijeron los ancianos: “Al que tú amas, abba, nosotros también amamos y Dios lo ama también”.

527. Decían acerca de abba Silvano que una vez, caminando con los ancianos en Escete, queriendo mostrarles la obediencia de su discípulo Marcos, y que por eso lo amaba, viendo un pequeño jabalí le dijo: “¿Ves este pequeño búfalo, hijo?”. Dijo: “Sí, abba”. “¿Y sus cuernos qué elegantes son?”. Dijo: “Sí, abba”. Y se asombraron los ancianos de su respuesta, y se edificaron por su obediencia.

528. Fue una vez, con gran comitiva, la madre de abba Marcos para verlo. Salió a recibirlos el anciano, y ella le dijo: “Abba, manda que salga mi hijo para verlo”. Entró el anciano y le dijo: “Ve, para que te vea tu madre”. Llevaba un vestido remendado y tenía la suciedad de la cocina. Salió por obediencia, bajó los ojos y les dijo: “Salve, salve, salve”, y no miró a nadie. Su madre no lo reconoció. Mandó otra vez decir al anciano: “Abba, manda mi hijo, para verlo”. Dijo a Marcos: “¿No te dije: Sal, para que te vea tu madre?”. Marcos le respondió: “Salí como lo mandaste, abba. Pero te ruego que no me digas que salga de nuevo, para no desobedecerte”. Salió el anciano y le dijo (a la madre): “Es el que os saludó diciendo: Salve”. Y consolándolos, los despidió.

529. Sucedió otra vez que estaba por salir de Escete, para ir al monte Sinaí y permanecer allí. Y la madre de Marcos mandó a de-

cir, rogando con lágrimas, que saliese su hijo para verlo. El anciano lo hizo salir. Cuando se puso su melota para salir y vino para saludar al anciano, se puso a llorar, y no salió.

530. Decían acerca de abba Silvano, que quería ir al Sinaí y su discípulo Marcos le dijo: “Padre, no quiero salir de aquí, ni quiero que te vayas, abba. Permanece todavía tres días”. Y al tercer día murió.

ABBA MILESIO

No se sabe nada más de este abba, muerto con sus dos discípulos por los hijos del rey de Persia.

531. Pasaba abba Milesio por cierto lugar, cuando vio a un monje, a quien tenían detenido como si fuera un homicida. El anciano, aproximándose, interrogó al hermano, y cuando supo que era una acusación falsa, dijo a los que lo tenían agarrado: “¿Dónde está el muerto?”. Y se lo mostraron. Acercándose al muerto, dijo a todos que orasen. Cuando extendió las manos hacia Dios, se levantó el muerto. Y le dijo en presencia de todos: “Dime quién te mató”. Respondió éste: “Entré en la iglesia y di dinero al presbítero. Este, levantándose, me mató y llevándome, me echó en el monasterio del abba. Pero os lo pido, recuperad el dinero para dárselo a mis hijos”. Le dijo entonces el anciano: “Ve y duerme, hasta que venga el Señor y te despierte”.

532. Otra vez, cuando habitaba con dos discípulos en el límite de Persia, salieron dos hijos del rey, hermanos según la carne, para cazar según la costumbre. Extendieron las redes en un amplio espacio, unas cuarenta millas, para cazar y matar con las flechas lo que se hallase dentro de las redes. Pero encontraron al anciano con sus dos discípulos. Y se asombraron al verlo hirsuto y como salvaje, y le dijeron: “Dinos si eres hombre o espíritu”. El les respondió: “Soy un hombre pecador, que me aparté para llorar mis pecados, y adoro a Jesucristo, el Hijo de Dios vivo”. Ellos le dijeron: “No hay otro dios fuera del sol, el fuego y el agua (que adoraban ellos). Adelántate y ofréceles un sacrificio”. El les respondió: “Es-

tas son criaturas, estáis engañados. Os ruego, convertíos y conoced al Dios verdadero, creador de todas las cosas”. Ellos le dijeron: “¿Dices que es Dios verdadero el que fue condenado y crucificado?”. Dijo el anciano: “Yo llamo Dios verdadero al que crucificó al pecado y mató a la muerte”. Mas ellos, atormentándolo, así como a los hermanos, querían obligarlo a sacrificar. Y después de muchos tormentos, decapitaron a los dos hermanos, pero al anciano lo atormentaron durante muchos días. Al fin, con su habilidad (de cazadores), lo pusieron en medio y dispararon flechas contra él, uno al frente y otro a sus espaldas. El les dijo: “Puesto que concordáis para derramar sangre inocente, mañana, en un momento, a esta hora, vuestra madre os perderá a vosotros, sus hijos, y será privada de vuestro afecto, y con vuestras flechas derramaréis, recíprocamente, vuestra sangre”. Sin importarles su palabra, fueron a cazar al día siguiente y salió un ciervo junto a ellos. Montando los caballos, corrieron para alcanzarlo y echando las flechas se hirieron mutuamente los corazones, según la palabra que había dicho el anciano condenándolos. Y murieron juntos.

ABBA MOTIOS

Probablemente se trata de abba Matoes. Tanto éste como Motios vivieron en la región de Heraclea. Ni la traducción latina ni la siríaca de los apotegmas hace distinción entre ambos personajes.

533. Interrogó un hermano a abba Motios diciendo: “¿Si voy a habitar en un lugar, cómo quieres que viva?”. Le dijo el anciano: “Si habitas en un lugar, no quieras hacerte un renombre, no yendo a la sinaxis, por ejemplo, o absteniéndote de comer en el ágape. Estas cosas dan un renombre falso: y al fin serás turbado, pues los hombres van adonde encuentran estas cosas”. Le dijo el hermano: “¿Qué haré entonces?”. El anciano respondió: “Dondequiera que habites, sigue la misma vida de los demás, haciendo lo que veas hacer a los hombres piadosos en quienes confías; entonces tendrás el descanso. Esto es humildad, ser como ellos. Y los hombres, al ver que no te extralimitas, te tendrán por igual que a los demás, y nadie te molestará”.

534. Acerca de abba Motios, su discípulo, abba Isaac (y ambos fueron obispos) refería lo siguiente: “Primero el anciano edificó un monasterio en Heraclea, y cuando se alejó de allí y fue a otro lugar, también edificó. Mas por el poder del diablo se encontró un hermano que le era contrario y lo molestaba. Y levantándose el anciano, se retiró a su aldea construyéndose un monasterio y se recluyó en él. Después de un tiempo, los ancianos del lugar del que se habían marchado, trayendo al hermano que lo había entristecido, fueron a rogarle que lo recibiese en su monasterio. Cuando se acercaron al lugar donde vivía abba Sores, dejaron sus melotas con él, así como al hermano que lo había entristecido. Cuando llamaron, puso al anciano una pequeña escalera y miró, y los reconoció. Les dijo: “¿Dónde están vuestras melotas?”. Ellos respondieron: “En tal lugar, con el hermano fulano”. Cuando oyó el nombre del hermano que lo había entristecido, el anciano, por la alegría, tomó un hacha, destruyó la puerta y salió corriendo hacia donde estaba el hermano. Y él primero hizo la metanía, y lo abrazó. Lo llevó a su celda y durante tres días los agasajó, y él con ellos, que no acostumbraba a hacerlo. Se levantó después y partió con ellos. Después de esto, lo hicieron obispo y obraba signos maravillosos. Y también a su discípulo Isaac lo hizo obispo el bienaventurado Cirilo.

ABBA MEGETHIOS

Se trata de dos monjes del mismo nombre; el apotegma número 535 se refiere al “Mayor” o “Grande”; el número 536, al “otro” Megethios.

535. Decían de abba Megethios, que si salía de la celda y le venía un pensamiento de alejarse del lugar, no regresaba a su celda. Nada poseía de las cosas de este mundo, fuera de una aguja para coser las palmas. Cada día hacía tres canastos, para alimentarse.

536. Decían de abba Megethios que era muy humilde, educado por los egipcios en contacto con muchos ancianos, y con abba Si-